

dama de Villiers no había mejorado absolutamente nada; con muy tristes presentimientos fue, pues, como Julia partió aquel año para Normandía.

X

La noche.

Madama de Villiers se hallaba sola en su cuarto, recostada en el fondo de su sillón, que ya no dejaba desde que las tinieblas se habían condensado más y más en torno suyo. ¡Esperaba ¡ay! en la inacción á que había sido reducida, esperaba con frecuencia, esperaba siempre!

Mas en aquel instante el esperar era dulce. Julia iba á llegar y la tristeza de diez meses de ausencia iba á fundirse como la cera ante aquel rayo de alegría.

Un carruaje resonó en la calle, se detuvo á la puerta de la casa, y después de un corto intervalo, un paso ligero se oyó en el corredor, y madama de Villiers se sintió tiernamente estrechada entre los brazos de su hija.

—¡Mi amada Julia!—exclamó la pobre señora.—¡Ya no te veo! ¡ya no te veré más!

Julia volvió hacia su padre, que la había seguido, una mirada llena de lágrimas, y dijo tímidamente:

—¡Madre mía, aún no está perdida toda esperanza! papá me ha dicho que más tarde... una operación...

—Yo no espero nada,—dijo madama de Villiers con una firmeza un poco amarga.— ¡Me han hecho tantas promesas!... Mas no quiero afligirte, hija mía; estás cerca de mí y es como si me hubieran devuelto los ojos.

—Y yo espero, mi querida madre,—dijo León,—que la presencia de nuestra Julia os obligará á salir un poco de esta habitación en que os confináis; yo os confío á su guarda.

—¡Oh, sí!—exclamó Julia besando la mano de su abuela.—¡Ya no nos separaremos!

Madama de Villiers la retuvo dulcemente, y volviéndose hacia el lado donde estaba su hijo, le preguntó:

—¿La encuentras cambiada? me parece que ha crecido.

—Ha crecido mucho, madre mía; Julia tiene ya la elegante estatura de su madre, su talle delicado y el aire de una joven.

—Veamos,—dijo la pobre ciega.

Y pasó ligeramente su mano por el rostro inclinado de su nieta.

—También á tí se te parece, hijo mío,—dijo con visible satisfacción;—aquí están tu frente despejada, tus cejas finas y arqueadas, tu nariz recta y tus grandes ojos... ¿De qué color los tiene Julia ahora?

—Como antes, mamá; azules con cejas y

pestañas oscuras; ¡unos adorables ojos, á fe mía!

Y el padre besó amorosamente los ojos de su hija.

—Entonces como tú también... y su boca es la de todos nosotros... la boca de la familia, no muy pequeña, pero muy bella y adornada de una linda dentadura.

—Sí, mamá, Julia tiene vuestra boca encantadora, y la suya es además bien dulce y sonriente.

—¡También lo era la mía á su edad! A los quince años ¿qué boca no sonrie? Después las penas, los cuidados... la tristeza... En fin, he vuelto á hallarte, hija mía, y todo irá mejor.

Todo fue bien, en efecto; los habitantes de la vetusta casa hallaron pronto la dulce costumbre de ver á Julia; la costumbre añada á la felicidad un encanto apacible, y Chateaubriand ha dicho con su razón desdenosa:

Si yo tuviera aún la locura de buscar la felicidad, la colocaría en la costumbre.

León volvió con alegría á las caricias y á la conversación tierna y alegre de su hija, Jorge á la dulce y fraternal amistad de la niña; pero madama de Villiers, sobre todo, se apoderó de ella, como lo haría un águila de una paloma que destinase á alegrar el espacio en que volase; no quería que Julia se separase de ella; pero Julia le imponía sus pequeñas leyes; hacíala salir é ir por la mañana á la iglesia y por la tarde á paseo.

Madama de Villiers accedía á todo con tal de apoyar su mano en el brazo de su nieta, con tal de escuchar aquella voz límpida que le hablaba de los objetos exteriores y que disipaba ese sombrío hastío que las tinieblas crean al derredor de los ciegos.

La habitación en que desde su ceguera se había encerrado como en un calabozo, sufrió también algunos cambios bajo la influencia de Julia; desde que sus ojos perspicaces no las inspeccionaban ya, aquellas dos ó tres estancias que madama de Villiers amaba y prefería habían adquirido un aspecto descuidado; el polvo invisible y terco se había reunido sobre los muebles; los espejos y los cuadros habían perdido su brillo, y los libros que ya no se leían, se habían arrojado en el estante con el título hacia abajo; el reloj estaba parado, fiel y triste imagen de su señora; ¡parecía que el gran resorte de su vida se había roto!

Julia restableció por todas partes el orden y con él la gracia; muebles y pinturas recobraron su brillo; las flores ocuparon de nuevo los grandes vasos de la China; cerca del sillón se agruparon todos los objetos de que la ciega podría tener necesidad, y el tic-tac de la péndola resonó como en otro tiempo en la estancia tranquila.

—¿Le has dado cuerda, Julia?—preguntó madama de Villiers.—¿Y para qué? ¡Ya no puedo consultarlo!

—No, abuelita; mas podéis oirlo. Escuchad.

Una música argentina anunció el medio día.

—¿Le has cambiado acaso, hija mía? Mi reloj no era de música.

—Abuelita, he traído aquí el que tenía en mi cuarto, que papá compró porque tenía sonatas que me divertieran y que tanto me gustaban cuando era pequeña; cuando toque, os hará pensar en mí.

—No tengo necesidad de oír el reloj para eso; en tí pensaba siempre antes en medio de todas las ocupaciones del día; y ahora, en mis tinieblas, veo siempre tu rostro y el de tu padre; tu pobre y vieja abuela no es ya buena para otra cosa que para pensar.

—¡Y para amarnos! ¡y para hacer nuestra alegría!

—¡Daros alegría yo!...

Una sombra amarga pasó por la frente de madama de Villiers y reveló el fondo de su pensamiento; en otro tiempo era ella el alma de esta vasta casa, y empleaba en el cumplimiento de sus deberes, desde el más pequeño hasta el más grande, una voluntad firme ayudada por una viva inteligencia, y por una fuerte salud; lo que ella quería no había conocido jamás ni trabas ni obstáculos, y Carolina había probado que el cetro que sostenían aquellas manos poderosas no podía ser compartido. Y el alma, tan ardiente como en otro tiempo, la voluntad tan firme, el cuerpo mismo tan sano, tan robusto, se hallaban impotentes y reducidos á la nulidad por la dolencia de un solo órgano! ¡La

impotencia, la inmovilidad, la ignorancia del mundo exterior, la dependencia, tristes compañeras nacidas de las tinieblas, habían seguido á la dolorosa ceguera! Un solo obstáculo había servido á paralizar esa fuerza, á quebrantar esa vida, y durante sus largas horas de silencio y soledad, durante sus largos días muy parecidos á sus noches, madama de Villiers se daba cuenta á sí misma, con una lucidez implacable de lo que había sido y de lo que era.

Resultaba de eso una sublevación interior que no quería dar á conocer y que por lo mismo no podía ser consolada. Su hijo mismo, aquel hijo tan amado no obtenía en este punto la más leve confianza. Su madre, quizás por no afigirle, callaba delante de él y parecía resignada; mas ¡cuantas lágrimas comprimidas derramaban los ojos sin luz de la desgraciada señora al hallarse en la soledad de su cuarto! ¡Cuántos gritos de angustia dejaba escapar que no podían convertirse en plegarias!

Sólo Julia, con su piedad ingenua, la serenidad de sus maneras y de sus pensamientos le hacía algún bien, y le infundía en alguna suerte la dulzura y la sumisión: era un magnetismo que su bondad y su juventud ejercían alrededor suyo y que la calmaba, como una música armoniosa ó como algunos paisajes, cuya tranquila belleza apacigua nuestras agitaciones.

También León sentía la influencia de esa magia de la adolescencia y de la bondad,

porque aun cuando sus negocios fueran restablecidos de una manera ventajosa, la enfermedad de su madre extendía por su casa una tristeza sombría.

—¿Qué vacío va á dejarme mi Julia al partir!—decía frecuentemente á Jorge.

Este era el menos preocupado: los pesares, las previsiones lejanas no son del dominio de la juventud; era dichoso con la presencia de Julia; sin ir más lejos tenía ante él el porvenir, los anchos espacios, los radios horizontes, y en estos, á decir verdad, él no separaba su pensamiento de su infancia.

—No podéis creer, Julia,—le dijo una tarde,—qué servicio me habéis hecho librándome de Saint-Cyr y de sus matemáticas; me había engañado por completo acerca de mis tendencias.

—¿Y sois ahora dichoso, Jorge?

—Perfectamente; amo el estudio del Derecho; es una bella ciencia que tiene analogía con la Filosofía y con la Historia, á las que siempre he tenido gran predilección. El centro en que vivo me conviene; nuestra ciudad de Caen es tranquila y propia para el estudio; se acabó el tambor y la teoría. Una buena biblioteca; en el Palacio de Justicia negocios que me interesan y oír defensas de los buenos abogados para ir yo aprendiendo á defender; ¡qué diferencia! Ya he pasado el primer examen y voy á entrar en las prácticas; dentro de dos años podré ya hacer mi primera defensa, Julia.

—Yo conozco en Angeres un joven á quien cuesta mucho trabajo salir bien de los exámenes; no tiene tanta afición á las leyes como vos, Jorge.

—¿Conocéis á un joven que estudia leyes, Julia?

—Sí, uno de mis primos; Felipe, el hermano de mi querida Margarita, será notario.

—¡Hum! ¡notario! Los abogados son mucho más independientes,—observó Jorge con desdén.

—¡También la de notario es una carrera muy honrosa!—dijo Julia algo picada.

Jorge quiso demostrar á su amiga la superioridad de la abogacía sobre el notariado; ella le escuchaba apenas, y prosiguiendo el hilo de su pensamiento, dijo:

—Espero que no haréis como mi primo Felipe, que no va casi nunca á misa el domingo. ¡Con esto da mucha pena á Margarita y á su madre!

—No, Julia,—contestó el joven con acento serio.—Yo guardo la medalla que me disteis y ella me ha traído la dicha; con ella he conservado mi fe, y vos y yo oramos ante los mismos altares.

Al decir estas palabras mostró á Julia la medalla de oro pendiente de la cadena de su reloj.

—¡Ah! ¡estoy muy contenta!—exclamó la jovencita,—y yo también Jorge, yo también he guardado todo lo que me habéis dado: los dibujos, los libros, el pupitre, la plu-

ma de marfil que me habéis traído de Dieppe, y mi querido jilguerito, que ya es muy viejo.

—Y hacéis muy bien, Julia,—dijo Jorge estrechándole la mano;—porque no tenéis mejor amigo que yo, ni aun entre los notarios.

Julia sonrió como una persona convencida, y se separaron.

Desde hacía algunos días notaba la niña que su abuela parecía sentir una especie de contrariedad, como si estuviese bajo el yugo de uno de esos pensamientos que llegan á los labios, pero á los cuales no se deja salir de ellos.

Julia no se atrevía á interrogarla; pero probaba todos los asuntos de conversación para ver si podría descubrir lo que se agitaba en el alma de la anciana señora; las esperanzas que podía dejar la enfermedad de madama Villiers, formaba con frecuencia el objeto de la conversación.

—Mi buena madre,—decía Julia;—dentro de un año, cuando yo vuelva, estaréis curada sin duda, pues el médico dice que se puede intentar la operación: ¡qué alegría!

—Querida mía, yo no creo ya gran cosa en la alegría, y esta operación por sí sola es una gran prueba.

—¡Oh, sí! ¡y yo tendré ese día el corazón muy oprimido! ¡Cuánto rogaremos á Dios y á su Santa Madre, por vos, abuelita mía! ¡y mamá también y la señorita Esther!... ¡Estad segura!...

—Ya lo sé, hija mía... tú me quieres y quieres también á tu padre... así es que quisiera pedirte una cosa...

—¡Decidla, abuelita mía!

—Pues bien, Julia: debo sufrir la operación de las cataratas en febrero; será un momento terrible para tu padre, y tanto más, cuanto que el resultado de esas operaciones es siempre dudoso. Se hallará solo, solo con Jorge, que no le será de gran alivio: ¿querías tú, podrías, mi querida hija, venir aquí durante esos días? Tu presencia nos sostendría, nos consolaría en el caso posible de que la operación fuese inútil, y aumentaría nuestra alegría si Dios permitiese... ¡yo ansiaba pedirte esto... más no me atrevía... me he vuelto tímida!

La pobre ciega quiso sonreír, pero las lágrimas borraron aquella sonrisa.

—¡Tengo miedo de ser importuna!—murmuró á media voz.

—¡Oh, madre mía!—exclamó Julia, con tono de dulce reproche y cubriendo su frente y sus ojos de besos.—¡Injusta madre mía! Ahora mismo voy á escribir á mamá, pidiéndole permiso para volver en febrero y me lo dará.

—Sí, hija mía, escríbele y dile que yo se lo ruego.

La respuesta no se hizo esperar; Carolina acordaba la autorización y expresaba en pocas palabras su simpatía por los padecimientos de madama de Villiers. León leyó esta carta varias veces y dijo al fin en voz alta:

—¡Hay mucho corazón en estas pocas líneas!

Julia no dijo nada, pero guardó en el fondo de su corazón el recuerdo de estas palabras, como un grano precioso, que debía dar más tarde flor y fruto.

La partida fue menos triste con la promesa de la vuelta, y Julia, cuyo corazón estaba dividido entre dos amores, tuvo el placer de ver que su madre simpatizaba con sus propias impresiones.

El tiempo había hecho su obra en el espíritu de Carolina; sus pesares de otro tiempo habían perdido su aspereza; la dulce onda del olvido había ahogado en sus aguas las palabras, las acciones, cuyo solo recuerdo la irritaba otras veces: las penas de su primera juventud estaban lejos y la imagen de la madre de su esposo no le aparecía ya bajo su aspecto de enemistad.

Julia, mensajera de paz, como la paloma del arca, había adelantado insensiblemente en su obra. Como la aguja de una industriosa obrera, que va de un desgarrón á otro, los acerca y los reune, sus dulces palabras, sus intenciones á la vez, rectas y diestras, su atención para no herir á nadie, el cuidado que ponía en hablar bien á los unos de los otros, y en fin, el supremo poder del amor que extendía sobre todos, había adelantado en silencio su obra de reparación: el bálsamo había caído gota á gota; el hilo de seda había zurcido lentamente: nadie se había dado cuenta de este silencioso progreso; pero Ju-

lia, que lo presentía, se preguntaba cuál sería el dichoso coronamiento. Ella rezaba siempre y su corazón palpitaba de alegría, cuando leía en el Evangelio: *Pedid y recibiréis: Llamad y os abrirán.*

—¡Yo llamaré hasta que no tenga fuerzas!—decía para sí.

Carolina la había recibido con una alegría que era siempre nueva: ambas volvieron con la señorita Esther á su dulce vida acostumbrada, en la cual Margarita tenía su sitio, y el invierno como el otoño huyeron breves como un sueño.

Las cartas de León recordaban sin cesar el compromiso que había contraído, y á mediados de febrero, aquella volvió á Normandía, siempre bajo la guarda de la vieja Ursula, que no quería ceder esta prerrogativa.

Julia llegó dos días antes del designado para la operación y el corazón de la pobre niña se oprimió y palpité dolorosamente al pensar en el momento quizá dichoso, tal vez cruel, y en todo caso decisivo. Temblaba, figurándose lo que iba pasar, y no pudo menos de prorrumpir en lágrimas al abrazar á su abuela.

—¡Consuelo mío!—exclamó ésta,—¡si tú estuvieras siempre á mi lado, creo que no sentiría la pérdida de mis ojos!

—Será muy bueno verla, sin embargo,—observó León,—y espero, querida mamá, que os convenceréis de esto dentro de pocos días.

Madama de Villiers alzó sus ojos apaga-

dos hacia el cielo, con una expresión tranquila, que admiró á Julia, porque no la conocía: hubiérase dicho que había vuelto su fuerte voluntad contra sí misma para aprender la paciencia y que se hallaba decidida á sufrir su suerte, cualquiera que fuese. Era un primer paso hacia la resignación que, así como lo ha dicho una mujer ilustre de nuestros días, es el secreto de poner á Dios entre sí mismo y el dolor.

XI

Las cataratas.

¿Habéis tenido la desgracia de asistir á una operación quirúrgica, cuando el hierro cruel y benéfico trabaja en uno de esos seres que os interesan hasta el fondo del alma?

Si es así, habréis comprendido las palabras enérgicas de la Escritura: y la espada os habrá atravesado el alma; porque el alma se identifica con aquella carne que palpita y como ella, sufre y sangra bajo el cuchillo del operador.

Julia sentía en todo su cuerpo esa conmoción punzante, en el momento en que, arrojada al lado de su abuela, cuya mano sen-

tía entre las suyas, esperaba á que el oculista empezase su obra terrible. León, en pie, á dos pasos, miraba con angustia á su madre, que parecía extraordinariamente tranquila. El momento del valor había llegado y madama de Villiers tenía bastante para desafiar, no solo la angustia del dolor, sino la mayor aún de la incertidumbre.

—¿Estáis pronta, señora?—preguntó el facultativo.

—Cuando gustéis, podéis empezar, contestó con voz firme.

La operación fue muy rápida, porque solo tuvo lugar en el ojo derecho: el izquierdo se había declarado perdido por completo. Se oyó un débil suspiro, única muestra de dolor de la paciente: hubo un minuto de espera cruel... León y Julia esperaban que su madre iba á reconocerles y que en el primer rayo de luz que llegase á sus ojos, se pintarían sus imágenes; pero madama Villiers no pareció ver nada, permaneció en la actitud inmóvil que le era familiar, y cuando el médico le puso sobre los ojos un vendaje negro, preguntó solamente:

—¿Está obscuro mi cuarto? No he visto nada.

—Paciencia, señora,—dijo el oculista;—necesitamos algunos días para juzgar del resultado de la operación; el reposo... la calma más absoluta os son necesarias en este momento.

León tomó el brazo de su madre y la condujo á su dormitorio, que era un lindo gabi-